

E S T
A C I
Ó N
P O E
S Í A

Alberto Santamaría [3] José María Cumbreño [5] Diego Álvarez Miguel [7] Luis Vicente de Aguinaga [9] María Ruiz Ocaña [10] Juan Lamillar [11] Elías Moro [12] Luis Antonio de Villena [13] Francisco J. Guerrero [14] Alejandro Simón Partal [16] Concha García [17] Rodrigo Olay [18] Jesús Montiel [19] Miguel Florián [20] José Iniesta [21] Almudena Guzmán [23] Alicia Ramos González [24] Mercedes Roffé [25] Heberto de Sysmo [26] Xaime Martínez [27] José Antonio Moreno Jurado [29] Frank Báez [32] Candela de las Heras [34] Álex Chico [35] José Tono Martínez [36] Javier Vela [38] Rafael Adolfo Téllez [39] María Alcantarilla [40] Jordi Doce [41] Concha Romero [43] Manuel Moya [45] Julio Martínez Mesanza [47] José Infante [48] Narciso Raffo Navarro [50] Rubén Martín Díaz [51] Javier Vicedo Alós [52] Antón Castro [53] Carlos Peinado Elliot [55] Aitor Francos [56] Juan Frau [57] Roger Wolfe [58] Vicente García [60] Eduardo Moga [60] Juan Manuel Romero [62] Ioana Gruia [63] Antonio Lafarque [64] Gregorio Muelas Bermúdez [66] Ana Gallego Cuiñas [67]

Alberto Santamaría

ESTO ES CÓDIGO MORSE

Sentado.

Las manos sobre las rodillas.

¿No es esto otra forma de volver al principio?

No hablo de historia sino de los hechos contruidos

como pequeñas figuras de papel que duran

lo que dura el acto mismo de mirar. Pasan los taxis

como mensajes en un extraño código morse.

Trato de descifrar desde la ventana

el enigma que ocultan todos esos hombres bajo sus abrigos.

La necesidad de saber nos hace débiles; hambrientos

como pájaros que se lanzan hacia el norte sin haber visto jamás el sur.

Eso somos nosotros: formas de guardar el equilibrio

entre la luz y la sombra.

Dentro de ese coche aparcado hay una mujer que se mira las manos.

Tal vez piensa en por qué los hechos jamás son reversibles,

o en por qué la tarde deposita sobre nosotros

su pastoso lenguaje: el polvo rojo de su óxido.

O tal vez no. O tal vez piense en otra cosa más azul y delicada.

Entre la maleza

se enredan

viejas bolsas de plástico que se convierten por un instante

en banderas de lo invisible. Símbolos. Huellas. Restos

de un invierno que regresa tímidamente a su cueva.

Pero ¿qué hay de nosotros

en cada uno de esos gestos que observamos? Frente a mí un árbol ha perdido

todas sus hojas. Sus ramas,

asustadas y enfermas, se aplican en un ridículo gesto heroico

hacia el cielo. Nada puede ese gesto ante el perro

que levanta la pata junto a su raíz. Nada puede ese gesto

frente a las hormigas que aceleran su paso sobre la corteza.
Hasta aquí hemos llegado sin tu ayuda.
Ahora sólo nos queda aprender su idioma: el asma que sacude,
ronco y melódico, este techo de uralita. ¿Serías capaz de reconocerlo?
¿Serías capaz de interpretar esta escena tal y como la recuerdas?
Estabas vivo.
Respirabas.
Eso era todo.
Somos lo suficientemente estúpidos como para creer
que todo esto tiene algún sentido,
quiero decir que somos lo suficientemente estúpidos
como para creernos las piezas ordenadas
de un juego que no acabamos de comprender. Una paloma gris
y coja
picotea el suelo como si alguien pudiese responder al otro lado.
Así debería comenzar todo esto, con una llamada.
Nada más aterrizar alguien me dijo
es demasiado tarde para demasiadas cosas. Sí. Era cierto.
Quiero decir que construimos nuestra vida como una cadena de lugares, hechos,
rostros colocados uno detrás de otro
como imágenes sobre una pared de un cremoso color whisky.
Creemos en las distancias, creemos ciegamente
en el sistema métrico para comprender todos nuestros actos.
Sin embargo, no existe pared sino finas corrientes de aire
que nos despeinan como animales
que cada día despiertan y descubren que *esto* se repetirá indefinidamente. Una y otra
y otra vez.
Así de simple. Así de sencillo.
Aquella mujer arranca el coche cuando la tarde se disuelve.
Circula despacio hacia el centro de la ciudad.
La luz pálida de una farola le ilumina virginalmente el rostro.
Sube sin ganas el volumen de la radio. Luego se detiene.
Como si buscase algo en lo pasado alza inquieta
su mirada hacia el espejo retrovisor. No se trata de respuestas.
Sólo una luz que se distrae como niebla sobre el cristal
nos espera.

José María Cumbreño

ENERO

Contar. Hacia delante para tratar de que el futuro se aleje del pasado; hacia atrás para intentar que el pasado no olvide que no siempre lo fue. Terminarlo todo no con una palabra, sino con un número, no nombrando, sino contando. Terminarlo todo y empezarlo todo. Aunque contando en voz alta, que es casi (me digo) una manera de pronunciar el nombre del tiempo. Algún año me he propuesto hacer bien las cosas de una vez por todas y preparar las uvas con antelación. En el supermercado las venden dentro de un bote peladas y sin pepitas. Lista de (¿buenos?) propósitos. *Voy a volver a salir a correr. No me enfadaré tanto.* La boca llena. Y aun así seguir contando. Para que ese orden con que intento tragar la fruta arrastre mis defectos y me dé (espero) la oportunidad de cambiar. Iba a escribir *de ser mejor*, pero, como me conozco, me conformo con lo de *cambiar*. Además, ni siquiera sé si de verdad quiero ser mejor. Mejor... ¿con respecto a qué?, ¿con respecto a quién? Para mi madre, por ejemplo, haga lo que haga, jamás estaré a la altura, nunca llegaré a parecerme al hijo que le habría gustado tener. Contar. Estrenar un cuaderno. Mi madre y yo cumplimos años con un día de diferencia. No sé si me vuelvo más viejo en invierno o es el invierno lo que me vuelve más viejo. El papel de regalo no sirve para escribir en él. El papel de regalo adquiere sentido cuando se rompe. Envejecer en invierno es como envejecer el doble o envejecer en la mitad de tiempo. Mi madre ya sólo me regala calzoncillos y calcetines. Nadie consigue como ella que me sienta culpable todo el rato. De pequeño me habría gustado tener un perro. Una vez me compró un pez que se murió a los pocos días. Lo tiró por el váter. Un perro, un pez, el váter. Contar. Contar hacia delante o contar hacia atrás. O soy todos los que he sido o no soy ninguno de ellos. Estrenar un cuaderno y que no importe por qué página comience a escribir. O soy *gracias a* o soy *a pesar de*. Los domingos y los días de fiesta vienen en rojo. No recuerdo haberme enamorado de nadie un domingo. No recuerdo haberme enamorado de nadie en enero. Aquí en enero hace frío. En enero nos volvimos de Tenerife. En enero en Tenerife nos bañábamos casi todos los días. Algunas tardes, si había nevado,

íbamos al Teide a deslizarnos con las alfombrillas de plástico del 124 de mi padre. El barco pirata de los clicks de Playmobil. Una nave espacial de Tente. Un tren que funcionaba con pilas. Terminarlo todo. Empezarlo todo. Hace una semana que comenzaron las clases y todavía no he quitado el árbol.

Diego Álvarez Miguel

CASTLE PARK

Me detengo a observar el limpio vuelo de las gaviotas
–preciso y lento, otrora misterioso, como un amor tardío–
bajando en picado hacia las manos llenas de los niños.
Miro el río y por él bajan atléticos aspirantes, salidos
de alguna buena universidad; enérgicos, vienen golpeando el agua con sus remos,
avanzan apretando sus poderosos omóplatos, sus abdominales inmensos, sus carrillos
hinchados desde la infancia. Al mismo tiempo, un hombre
ebrio grita sobre el césped: «¡Apagad esa maldita música, os lo ruego!»
Y cantan a su lado las niñas con el pelo largo
esperando el verano luminoso que se acerca.

Miro a lo lejos, remonto el río con la vista, sorteo
la horizontal disposición de las casas, y no logro
ver absolutamente nada –nada–:
no tengo trabajo, no tengo mujer, no tengo amigos,
y no quiero trabajo, mujer, ni quiero amigos, quiero
si acaso
que la palabra no me falle y poco más.

–¿Quién habrá alguna vez sentido por mí
la mitad de lo que yo siento por la muerte?–

Miro la rígida cárcel del agua, miro
el firmado trayecto de los pájaros, miro
la risa programada de los hombres, miro
la rigurosa forma del cielo entre las nubes, miro
la batiente soledad de las cosas, que se repite y que hace chirriar su engranaje

como la bisagra de una ventana que no cierra,
como el mecanismo oxidado del viento, miro
la absurda complicidad de lo que me rodea y entre todo
entre todo ello consigo, por un momento,
creer que la vida me sonríe.

Luis Vicente de Aguinaga

MEDIO LIMÓN

Pasó la hora de la cena.

Medio limón

se quedó, intacto, en la cocina,
casi tocando el borde de la estufa.
Nos faltó corazón para tirarlo,
porque no era un desecho,
pero no lo pusimos de vuelta entre las frutas,
porque no era un limón como los otros.

Siguió pasando el tiempo. El desayuno
y todo lo demás, que son palabras
que cada quien define como quiere,
según su dialecto y apetito:
el almuerzo,
el entretiem po y la comida,
las colaciones y meriendas,
los refrigerios y entremeses.

Y fue como si transcurrieran años
y, con los años, vidas
y, con las vidas, eras
mientras, en la cocina, medio limón intacto
se iba poniendo seco y amarillo
y al final se amargaba para siempre.

María Ruiz Ocaña

LOS RESTOS DE LA COSECHA

La tarde cae en el huerto
demorando su oro en los rosales,
en la bíblica higuera,
en los dulces planetas del membrillo...

PEDRO SEVILLA

Giraban las estrellas en el árbol,
las naranjas colgaban como soles
en el campo: las huelo todavía.

Al fondo de la noche entre las ramas
aún quedaban dormidas las humildes,
las huidizas esferas solitarias
más allá de su tiempo, madurando
con la tarde en la piel.

Al fondo de la noche de mi vida,
en este huerto a oscuras, silencioso,
somos esas naranjas solitarias.
En la tierra caeremos algún día
con los ojos cerrados.

Juan Lamillar

LA NIEVE ROJA

Así nos llega, expuesto
en la ardua perfección del manuscrito,
escondido en los códices,
solemne en los volúmenes
y en las tipografías,
cincelado en el mármol del triunfo
que corona el arcángel,
dibujado en palabras
cuyo fulgor nos hiere.

O púrpura nevada...

Así lo vio Velázquez:
adusto, altivo,
ensimismado en sus soledades,
domesticando mitos con metáforas,
entregado al engaño de la corte,
al humo de discípulos,
al fuego de enemigos exaltados.

...o nieve roja.

Así volvemos a lo puro
y fiel de la palabra,
al sonido de plata de sus sílabas,
y la imagen cubriendo los manteles
de esta cena
a la que fuimos invitados.
con un fondo de música y de fábula.

Así nos salva el oro de sus versos.
Quede en silencio la sombra de su nombre.

Elías Moro

NO SABÉIS

No sabéis cuánto me gustaría deciros
que mi padre me llevó al mar de la mano
para ver gaviotas y rompientes,
al carrusel que giraba enloquecido
con su estruendo de colores
y sus coches y caballos de mentira,
al puesto de los churros en la feria
queapestaba a felicidad y azúcar,
al campo de tierra del barrio
donde aquella vez mi equipo
se jugó el ascenso de categoría
bajo un vendaval de voces y lamentos

de veras que ojalá pudiera hacerlo

pero si he de seros sincero
os estaría mintiendo
en cualquiera de los casos

Luis Antonio de Villena

PAPÁ

Es una foto bonita de las que conozco tuyas. Sé que sólo tienes 40 años pero aparentas un poco más. Un caballero algo cansado con chaqueta inglesa y corbata de punto... Supongo que sales de un sueño corto y una noche larga, con amigos y mujeres hermosas. Tu vida de «clubman» calavera, entre Chicote y el Hipódromo... Sé que tenías dos damas, con piso, todo a tu mágica cuenta. Mamá no contaba. Era la gran señora intocable, aunque no le gustara el papel. ¿No tuviste hijos que no reconociste pero cuidaste, papá? Todos dicen que nunca hubieses dado tu apellido pero acaso sí tu cariño. Yo era delicado, mimado, temías que no me pareciera a ti. Ahora no me gusta ser hijo único, papá, incluso esos vagos hermanastros de otro nombre me harían compañía. Y yo que tan poco te traté, ya ves, te echo de menos. No tu vejez (nunca es bonita) sino aquella plenitud en que te llegó la muerte. Es raro, papá, muchos me ven algo en ti. Yo nada veo. Eras el señor distante y cordial que me acariciaba el pelo, el que se levantaba tarde y se acostaba (si volvías) más tarde aún. Todo es extraño: tu hijo que te conoció mal, tu hijo que sabe tu vivir crápula e insigne, el hijo único que sobrevivió a tus ruinas —más viejo que tú— se acuerda de ti... Padre de siempre y nunca. Qué cerca y qué remoto. Papá, lejano y perdido papá, señor en otro mundo huido, apiádate de mí.

Francisco J. Guerrero

377 (FRAGMENTO)

ya no estoy vivo solo para seguir viviendo
escribo cada noche cuatro versos cuidados
en los términos propios de la resurrección
para poder decir mi todo en este mundo
cuando clama la voz en el légamo gualdo
tanta luz sin aldabas donde nacen los hijos
molinos de acuarela que salobres restauran
las aguas más profundas su cautiva humedad
si no abres mi cuaderno y dices en voz alta
mi vida o mis renglones desapareceré
segándome de ti de la infancia el olor
cansado del plantío esa mortalidad
azul que lo delata en las tardes marchitas
cuando duerme el rigor como un viejo marino
recelando de un tiempo súbitamente alegre
se molificará mi recuerdo hasta hacerse
nada un día de agosto sin brillo ni promesas
y no quiero no quiero marcharme todavía
si no queda la piel que queden las palabras
acepto estar aquí bajando la corriente
a la puerta de un mar infinito sin cifra
es un tiempo sin luz un día sin memoria
ya me dejo llevar soy un risco que rueda
sobre tu voz raptada inadvertidamente
que no sabe ni quiere ni podría engañarte
una reminiscencia imponente y periódica
de una abismal distancia entre el ser y la vida

recuerda bien el día de la sublevación
cambiaremos las cosas aunque yo ya no esté
puedo verte vivir pendiente de la lucha
hay en todo un destello cabal de sincronía
no se acaba la noche se rompe el espejismo
como si solo hubiéramos sido un experimento
la insólita apariencia de una lluvia feliz
ven siéntate a mi lado hoy tenemos que hablar
decir es resistencia frente a la ocultación
escoge una palabra para hacerme presente
no dejes de nombrarme cuando me haya marchado

Alejandro Simón Partal

UN HOMBRE ACOGE EN SU CASA A OTRO HOMBRE
(REFUGEES WELCOME)

Un hombre acoge en su casa
a otro hombre pobre.

En la televisión comenta con indisimulada alegría
la ducha de más de una hora que el hombre pobre
se dio en su casa.

Todos los informativos abren hoy
con el fervor de un hombre
por la ducha de otro hombre.

Miro mi baño vacío y desearía
que todos los hombres del mundo
agotaran todos los embalses de Europa
en mi casa.

Quien celebra una larga ducha ajena
en su casa tiene un trozo de paraíso reservado,
algo bueno le aguarda tras el vaho que allí es puerta.

El agua que no corrió esa tarde
no conocerá ladera igual.

Concha García

En los retratos
de hace tiempo
expuestos como
mercancía
en negocios
de la avenida
más transitada
una mujer de mil novecientos
veintiocho, me mira
junto a su esposo
hierático. Ella,
perturba el salón
tras el decorado
la prueba es
que nos atravesamos
y la velocidad no resiste
un detenerse
tan cercano.

Rodrigo Olay

CANCIÓN DE DESPEDIDA

Ahora que quizá no vuelva a verte. Que duermes a dos mil trescientos tres
kilómetros al norte, en mitad de la niebla, déjame que te diga lo que nunca
te he dicho.

Ahora que el invierno, dime dónde tus pasos, en qué oscuro edificio entre la nieve
pobre tienes frío al dormirte y recuerdas tus pies entre los míos en la
noche sin puertas de un verano.

Ahora que estoy solo y sé que ya no sé estarlo, sé que no quiero estarlo, sé que ya
voy a estarlo mucho tiempo, déjame que te diga lo que nunca.

Ahora que serían siete años, ahora que tus manos y tu lengua limpiaron mi piel
enferma con su tacto dulce.

Ahora que por fin soy a escribirlo. Que si algo supe, solo fue contigo. Ahora que
quizá no vuelva a verte, déjame que te diga, y solo porque ya no vas a
oírme. Déjame que te diga.

Ahora que es la hora del silencio.

Jesús Montiel

PETUNIAS

He comprado en la tienda una maceta.

Ya en casa la he llenado con sustrato
y he sembrado semillas de petunia
que pronto se abrirán
volando su escondida pirotecnia.

Y sé que en este círculo de arcilla
—aquí donde la tierra es ahora sed
tostándose con luz de mi ventana—
habrá dentro de poco la estatua de un aroma.

El hombre que hay en medio es lo difícil:

vivir esperanzado hasta la flor,
abierto y hacia arriba,
igual que en la oración hacen las manos.

Pensar a cada instante, sin dudas, la corola.

Miguel Florián

AQUEL AROMA A EDAD INCIERTA

Aquel aroma a edad incierta,
a amanecer perfumado de espliego,
(el vaho en los cristales, la humedad,
el canto de los gallos...

El corral, el estiércol,
el frío y la luz intacta, recién hecha...)

Cuánto habré de perder, cuánto
habrá de quedar abandonado...

Cuánto mundo vivido ya sin mí,
escamas que rutilan
solamente un instante,

hojarasca que dispersa la brisa.

José Iniesta

TRÍPTICO DE ADEMUZ

1. SIEMPRE, TODAVÍA

Es siempre, todavía, junto al río.
Estar aquí es llegar a lo recóndito
debajo de los álamos de siempre,
este viento en las ramas y mis huesos,
la música del agua y los adioses,
el olor de los días
en la serenidad.

Respira lo vivido en esta orilla
apartada del irse y del llegar.
Si somos lo real en las corrientes,
¿desde cuándo este río
detenido en el curso
del amor y los años?

2. TRAVESÍA INTERIOR

No es el sendero ahora
al entrar en el bosque,
ni los pasos perdidos en la niebla,
ni tampoco tus huellas en el polvo
borradas por los años y las lluvias.

Mira el mundo en tus ojos dibujado,
y descubre en los hielos de tu frente

la llama que en la noche prende viva,
la gacela abatida en los espinos
por la flecha certera
de un loco cazador.

Tu ganancia en las selvas es perder.
Tu ganancia en las selvas es perder,
y el aire es todo el oro que te queda.

3. DE ESPINAS Y DE ROSA

Después de tanta sombra,
si hoy todo canta en ti
con tanto amor
en la mañana,

agradece a la vida
que a veces nos expulsa
la rosa de su entrega,
y el sol que no es esquivo
en los campos del alma.

Almudena Guzmán

Todo lo que sé de ti me gusta.
Que pintas ángeles de escayola,
descendientes de la nieve fría
de Gautier,
con la llama azul, siempre viva,
de Darío.

Que a veces quieres volar
y no puedes
como una garza despistada
que no encuentra en los cajones
sus papeles de emigración.

Que votas cada noche
por la infancia
con un Cola Cao impenitente
aunque yo militara en el partido
de Nesquik.

Todo lo que sé de ti me gusta
y lo que no sé me lo dice tu piel.

Alicia Ramos González

TEATRO

A veces se desentierra o queda al descubierto el teatro de nuestro mundo.

Es descalabrado.

Algunos actores son asesinos despiadados. Van vestidos con largas túnicas y llevan insignias con nuestro nombre. Con caretas que imitan nuestro rostro, esculpido en una cera blanca y fría como la nieve.

A veces, los rostros de nuestro mundo están congelados, insuflados del hieratismo del pasado.

Y nada:

ni los acompasados sones que marcan sus movimientos, ni los cánticos desde el coro.

Nada.

Puede insuflar vida a su rostro.

Nada.

Puede derretir ese hielo como de plástico.

Nada.

Puede parar la representación de los actores en este teatro.

Hoy se hieren con palabras. Ayer lo hicieron con sus manos.

Mañana se habrán devorado a bocados. Pasado habré prendido fuego a sus cuerpos que son el mío.

Mercedes Roffé

19 DE MAYO
REMINISCENCIAS

hoy en el cielo hubo fuegos
y grises
y algún jirón rosado
desplegándose
sobre el río brumoso
–su horizonte

hoy fue un día de luces
y sorna y farsa
y algún mirar fastidiado

un desencuentro

un libro que alguien dejó caer en tus manos
una pregunta
una espera

hoy quienquiera que fuese
leyó como si amara
en la palabra el alma que la intuye
o labra
o borronea

hoy alguien susurró
al oído de alguien
un poema improbable
incierto

receloso

como una garúa

Heberto de Sysmo

INVOCACIÓN

No en ti, ni en mí,
—ni en esta carne que nos viste
y no merece el arte y lo divino—
se manifiesta lo sagrado;
mi cuerpo es el altar en el que invoco
el milagro imposible,
mi sangre y mi dolor son las ofrendas
pero jamás el templo,
la vida y su enseñanza es la liturgia,
mi rito es cuanto escribo.

Xaime Martínez

LA VERDAD ES UNA HARMONY STELLA DEL 62

...el lento pájaro de la sombra.

DIEGO ÁLVAREZ MIGUEL

Un patarrealista ardiendo solo en una calle de Dublín
y un tenue brillo en las palabras de los nakers.
Quise decírtelo, pero no era tan fácil,
quise decirte: van a pasar cosas horribles,
pero la seducción de la distancia...

Un patarrealista ardiendo solo en Tara Street,
volviendo con su guitarra
de un open mic en algún pub del centro
cuando aún no estaba inventado el patarrealismo,
tú me decías: dime la verdad, yo te decía:
la verdad es que estoy solo y que estoy ardiendo,
la verdad es una acústica barata de los años 60,
una Harmony Stella, y es también
un poeta latino que se muere cuando cumple un año.

Un patarrealista en llamas en la calle más sucia de Dublín,
por qué viniste a visitarme?
no lo dejé bien claro en mis canciones?
pero pensaste que no era más que un juego
sin conocer el frío de las águilas.
Un hombre anciano baila en Moore Street
con un traje cosido de sonajas, y lo cierto,
la verdad es que no es nada más que un juego,
un juego peligroso,
y no puedo negar que la verdad
es también un local que vende noodles junto a Connolly Station.

Un patarrealista en combustión oscura
sobre la madrugada sola de Dublín
y una guitarra que no arde
y un coro de borrachos
y un pájaro de sombra en las alturas.

José Antonio Moreno Jurado

FRINÉ

Sentado al Sol
que conducen al templo recientemente adornado
con relieves estatuas de colores
mientras leía a Demócrito
en un viejo pergamino

observé
entre asombro extrañeza y contento
que los muchachos
descendían del promontorio
apresuradamente
con locura
enamorado
prendidos en verdad de la luz de su rostro
de la curva apasionada de su cadera
y de su desnudez

golpeaban sus pechos
mesaban sus cabellos
gesticulaban con sus brazos al aire

y entonaban
los más tristes cantos
de amor
de toda la región de Anatolia

sin embargo
cegado por la luz un instante
cerré con fuerza mis ojos
mientras una línea perfecta de mar

azul tan sólo
quedaba en mi retina

aroma de albahaca y enebro yerbaluisa y tomillo
 bajando la ladera
 envolvía en gozo
 los cuerpos
 enamorados
muchachos como corceles de juventud de idilios
 de bridas inasibles

Afrodita y Friné eran una y la misma
 y quien entraba al templo
 comprendía
 perdiendo al instante memoria
 lucidez
en éxtasis perfecto de hermosura

entonces la escuché *me aman en Beocia*
 en mi pequeño terruño de Tespias
 mientras alzan los ojos a las cimas del Helicón
que besa apasionadamente el labio misericorde de la nube

y siguió hablando a Praxíteles *colocaste en el interior*
 del templo
 a tu amada hetaira
que será invocada para siempre bajo el nombre
de Afrodita de Cnido

mientras suplicaba a viva voz
 que vengas a dormir conmigo en el recinto sagrado
 pues no profanaremos a los dioses
que nosotros mismos hemos creado

y recordé al instante que los heliastas
 perdonaron su impiedad

mas nunca la de Sócrates
cuando quedó desnuda ante ellos
erguida rosamente sin ropajes
en la asamblea

mas ahora
amor y belleza

aliados los dos
confabulados digo
en un trozo de tiempo lo concreto
contra la hipocresía la sinrazón
de los siglos y siglos que siguieron y siguen

alguien susurró

a mi lado
para que lo oyese fácilmente
Vamos
es tarde
están cerrando ya las luces y las puertas del Museo.

Alcifrón, *Epistolé eteriké* (Cartas de heteras), texto antiguo, introducción y traducción al demótico de Tasos Burnás, Ed. Afón Tolidis, Atenas, 1984, pág. 223. Friné, la más hermosa de las heteras griegas, amante de Práxiteles, fue acusada de impiedad y juzgada por los heliastas que terminaron absolviéndola cuando su abogado, Hipérides, la desnudó ante la asamblea.

Frank Báez

MI AMIGO CAMINA HACIA EL SILENCIO

Mi amigo decidió
que no iba a escribir más
estaba sentado en el metro
en dirección a su casa
tarde en la noche
cuando se dijo
que no más
que ya no es necesario
que uno sencillamente puede
dejar de escribir y renunciar
como uno de esos árboles
que en primavera se niegan a que
sus hojas broten
y eso hizo mi amigo
decidió que no iba a escribir más
y que cuando le viniera
el impulso
lo iba a ignorar
o mejor aún
iba aprovechar esa energía
para hacer otra cosa
como caminar
y eso hizo
se puso a caminar
por Manhattan
y cuando le preguntaron
hacia dónde iba

él respondía que caminaba
hacia el silencio
y bueno el silencio no existe
el silencio es una metáfora
en un experimento John Cage demostró
que no existe el silencio
se metió en una cámara a prueba de sonido
y se dio cuenta de que en todo momento
seguimos escuchando
el latido de nuestro corazón
o la circulación de la sangre
es decir que nuestro cuerpo es lenguaje
o mejor aún que el lenguaje es vida
pero a mi amigo esto no le interesa
y sigue caminando
en busca del silencio
y pronto hundirá sus zapatos en la nieve
y avanzará como si fuese el primer
explorador que alcanza las regiones del silencio
y los copos de nieve caerán cada vez más rápido
como queriendo sepultarlo
y sus pasos en la nieve resonarán
al igual que sus versos que solo cesarán
cuando alcance el silencio
y la nieve borre una a una sus huellas y su cuerpo
y la ciudad blanca como una hoja de papel.

Candela de las Heras

EL HOGAR COMPARTIDO

Solías contar que ella trabajaba,
que era ella la que traía el pan
y el amor y también la que cantaba
aquellos mismos versos, los que susurrábamos
cuando habías cerrado ya los ojos.

Jamás he podido reconstruir su rostro
en la memoria. Quién
sabe si con el paso de los años
seré capaz de recordar el tuyo
o se me irá borrando,
igual que se borraron tantos otros.

Pero aún sobreviven los lugares
que os vieron alegraros, sufrir y estar ausentes.
Sigue en pie la tabacalera, permanecen
incólumes las piedras
que sostienen el hogar
e insiste el mar furioso día tras día
sobre las mismas rocas.

El tiempo me ha dejado al menos
ruinas donde poder reconocerme.

Álex Chico

PAISAJE CON JOHN BERGER

Nos preguntamos a qué hora cae la noche en la casa de verano.

Qué haremos mañana. Qué hicimos ayer.

Quiénes dejamos de ser.

Cómo regresar a un territorio que fue también el nuestro.

Los días suceden como las páginas de un libro. Se precipitan desde la mesa hasta el suelo. Nos aviva el recuerdo su forma de caer.

Enterramos nuestra lengua materna con un puñado de tierra. Hacemos distancia al convertirnos en el agua de un termo.

Allí delante, mientras bajamos y subimos las escaleras, el horizonte se abre como una boca.

Ahora sólo podemos golpear la puerta para despedir a los que parten.

Abrimos las manos.

Nos decimos que somos breves e insignificantes. Como una foto alojada en el bolsillo de nuestra cartera.

José Tono Martínez

CAFÉ COMERCIAL DE MADRID

Sabes que las patrias son engaños
evitables como ciertos sonrojos,
lugares o palabras sedientas
en el tiempo primicias o despojos
de un estilo impersonal o colectivo
que otros coleccionan sin enojo,
próceres y cifras polvorientas
vendidas, difundidas a su antojo.

El Comercial es una de las mías,
un café de glorieta madrileña
gastado y transitado a porfía
por un adolescente que su puerta
giratoria contemplaba todavía
con respeto, más tarde con ansia
de refugio de policial porrazo,
de salto en salto, como se decía.

Aquí urdió el atrevido joven
vicios y entresijos de la noche,
y poéticas proclamas y consignas
con amigos de versos y derroches.
Aquí el licenciado soñó ser alguien
deshojando ideas a trochemoche
que luego el doctor tocado
desharía sin esfuerzos ni reproches.

Oh tú, Café Comercial, patria mía,
donde me hice mayor y posmoderno
por el módico precio de un café:
perdona que perdiera en ti la fe
y dejara de verte por antiguo,
buscando diseños y parqués
relucientes y prebendas
que por cierto, no vinieron.

Oh tú, Café Comercial, patria mía,
ya aquí estoy de regreso.
El camarero de galones verdes
que me atiende ha ganado peso
en consonancia mi tiempo con el tuyo.
Nuevos chicos festejan excesos
cuyos ecos parapetan libros
gastados como escudos viejos.

En lo sustancial nada ha cambiado.
Unos conspiran por vez primera,
y los más jóvenes, junto al quiosco,
aguardan su turno afuera.
Licenciados y poetas del futuro
que miran con recelo mi manera
de anotar en verso
el tiempo que me queda y les espera.

Javier Vela

CAMPO DEL SUR

Esta mañana, púlpito del día,
al amparo de la cual asistimos
al discurso tumultuoso del mar,
nuestra mirada vaga por la acera
como una bolsa de supermercado
hinchida por el viento y sus imágenes
arden bajo la grieta de los párpados.

La memoria es un puente derruido
bajo el que fluye un tiempo sin orillas.

La mañana del niño, en la que habitan
animales desnudos y frente a la que pasan
en tropel las ciudades, en tanto que pulsamos
las edades del hombre y advertimos
el olor del instante que precede a la lluvia
o el vuelo circular de las gaviotas
en cuyo centro laten los significados.

Rafael Adolfo Téllez

CON LAS PRIMERAS HELADAS DE INVIERNO

Ya no es joven,
pero, temprano, en la mañana,
se apoya aún en el brocal
de un pozo
de piedra carcomida.

Ocupa su puesto aquí bajo estos cielos
y no recuerda apenas
y saluda tímido
a ese poco de sol...

Ahora que, con las primeras heladas
de invierno,
sobre el brocal,
estalla una luz que no es suya
sino de otro

que anduvo a pie
por estos campos,
cuando bastaba apretar un puñado
de hierba entre las manos,
cuando entre las líneas de
las hojas verduscas del olivo
podía leer aún el nombre de un dios.

María Alcantarilla

INVOCACIONES

Te cedo la verdad del pensamiento sin línea temporal que lo corrompa,
la sombra proyectada de la voz en las paredes blancas de visiones,
el tenso movimiento en el hurgo en mí y en mis vacíos,
la vida en la estación donde las manos tiemblan frente al mundo.
Te cedo un corazón y un pulso nuevo acorde con tu pulso
y un sueño de talud desde la cima última del verbo,
una congregación de indecisiones, dudas, de intervalos
y un sueño a media asta y abundantes noches de vigilia.
Te cedo el riesgo último y su mansa cualidad de intimidarnos,
la vida a la mitad de su camino y el dolor de quien presente,
el cuenco de mis palmas y sus líneas paralelas y su espacio,
la forma en la que encarno esta razón, tan torpe aún,
y la ternura.

Jordi Doce

5 MOVIMIENTOS

La explanada, con forma de T, es breve y prolonga un pequeño parque que quiere ser francés pero se queda en una mala imitación arruinada por la incuria o la falta de gusto de los urbanistas: una extensión de arena mustia con un par de estatuas vulgares, una fuente historiada pero sin agua, setos con forma de cipreses enanos... Sólo unas hileras de castaños de Indias, a punto de florecer, le dan algo de luz al espacio, lo hacen más habitable.

En un extremo de la T, restos de la lluvia de hace días: grava suelta, ramitas, trozos de ladrillo y erizos de castañas, hojas sucias y migas de caucho de los coches que aprovechan el abombamiento del trazado para aparcar o darse la vuelta. Es una constelación oscura o invertida sobre el cielo negro del asfalto, la huella de un estallido que tuvo lugar en secreto, cuando nadie miraba, y que ahora exhibe sus grumos, su terca materialidad, con la rara simetría de lo que nació por capricho, disgregado por el agua: todo gira y queda flotando para siempre en este negativo de la carta celeste, este mínimo delta de formas dispersas que nos permite, una vez más, recordar cómo es el mundo *cuando no estamos en él*.

•

Se recuestan en los bancos de madera despintada y dejan que el sol de marzo les acoja lentamente: el punzón vivo del aire, la cabeza en ningún sitio, los rostros como agua clara donde no se toca fondo. Van quedando atrás la noche, los ventisqueros del cuerpo, esos erizos de frío que hibernaron en la sangre. *Cada minuto que pasa estoy más cerca del día*. Pesa el tacto de las llaves, su dibujo memorioso. *Me voy a esperar un rato*.

•

El agua de los barrenderos, oscura y lenguaraz sobre la calle recocida. Un alivio, una tregua en el aire. *Umbria*. Pensar en la palabra y sentir cómo prende en la piel, cómo lava los ojos. La sangre es verdinegra. La sangre es clara como el agua que sube del asfalto y prolonga la noche. Si no sabes adónde vas, cualquier camino es bueno. Si no sabes. Una esponja contra la cara. Mangueras manirrota, una voz que interpela sin esperar respuesta. El santo y seña de la madrugada.

•

Está leyendo, recostado en la hierba. Con los pies toca el verde, la sábana de sombra. El arco de la espalda, la mano bizca. Dónde tiene los ojos, no lo sabe.

•

Venga, ya vamos, masca la madre por lo bajo, y el pescocón subraya el pronto, el paso cambiado de la impaciencia. Nadie se mira en este juego de malestares. El bóxer corretea junto al niño con la cabeza gacha. Sabe de ira. La huele. La voz es correosa y salta donde menos se la espera, con esa rabia acumulada que ya conocen bien. Nada de rebuscar entre las hojas, de investigar en los bolsillos. Nada de alzar los ojos hacia fachadas cavernosas. El reverso de la complicidad se llama tiempo. Un tiempo largo y vacilante como un túnel. El niño busca al perro por lo bajo. Tiene el pelo revuelto y las rodillas sucias. Saliva en la juntura de los labios. El perro no le mira. El perro es limpio como un amanecer. El perro es la zancada que se cuida a sí misma.

Concha Romero

(entretejido) destejiendo
se quedó mirando
el hilo

tan de cerca
frisaba cuadrícula

nitidez esponjosa
sentir del hilo que se pierde
y desaparece

la clausura
del anclaje a este lado

deduce
de lo que quiere ser desconocido
y se sabe

imperfectas simetrías se igualan
compañía de lazadas
se articula
en ataduras direccionales
trenzadas...

textura
tacto
mano dispuesta para ver

inhalación desesperada
ansia
nada...

sufrió el espasmo
mientras la hebra desflecada
cayó

Manuel Moya

MUJER EN LA TERRAZA (RECORDANDO A JAMES TASTE)

Cuando hace sol, hasta los cables y los tejados parecen alegrarse y más, si no muy lejos de mí, separada sólo por no más de cien metros, una mujer tiende la ropa y yo, descansado ya de la faena diaria, con una lata de cerveza en la mano, la observo. Enseguida acepto que hay algo en esa mujer que hace que mis ojos no puedan apartarse de ella. ¿Es bonita esa mujer?, te preguntas. Supongo que sí, pero no, creo que no sabría decirlo y no es en todo caso la razón de estar mirándola. Quizás si me la encontrara en el Mercadona tal vez no reparase en ella. No, no podría decir si es guapa o no, si tiene buen o mal carácter, pero no puedo hacer más que mirarla y mirarla, seguir mirándola como si en vez de una mujer fuera un halcón que con su pico y sus garras estuviera luchando contra una gran serpiente, pero no, es una simple mujer concentrada en sí misma, que se agacha hasta el cestillo donde guarda las pinzas y un segundo más tarde ante el cesto más grande, del que saca la ropa húmeda, para luego colgarla sobre el tendal, como si de esa sencilla operación dependiera la suerte del mundo. Me pregunto si esa mujer es feliz siendo quien es, tendiendo la ropa, sabiendo que el sol secará la ropa, y me pregunto qué es lo que podría estar pasando justo ahora por su cabeza, pero sea lo que sea, sería lo mismo,

porque, puestos a pensar, tal vez no piense más que en la ropa,
en que hace un buen día, en que todo huele bien,
en que ya no hay gatos por los tejados,
en que después de la lluvia de los últimos días,
la terraza vuelve a estar limpia,
o, puesto ya a imaginar,
en que a las cinco en punto ha de llamar a alguien,
y que todo para ella cambiará a partir de esa llamada,
no sé, es igual lo que ella esté pensando ahora y sin embargo...
Imaginemos que no le gusta su vida,
que esa llamada que ha de hacer
justo a las cinco le causa algo de congoja
porque no, no está segura, porque no sabe sí,
porque tal vez, no sé cómo explicarlo,
pero ahí sigue, plena como un árbol cargado de naranjas,
indiferente a sí misma como las toallas que va extendiendo al sol,
mientras la miro y no puedo dejar de pensar
en ese mundo suyo que ahora se mece levemente con el viento,
que apura sus manos húmedas, a las que tal vez
alguien sueñe con acariciar...

Un galeón

se posa un instante en la terraza y se la lleva, se la va llevando
entre las nubes que, de tan blancas, parecen más bien ropa colgada del tendal,
y entonces yo me saco el pañuelo y agitándolo al sol me despido de ella
y le grito que no se olvide de mí, que por favor no me deje,
que hace un buen día, que le estoy muy agradecido
por haber estado ahí, colgando la ropa,
y que lo daría todo por ser yo el hombre que esta tarde le hiciera el amor
sobre la hierba en un jardín remoto.

Julio Martínez Mesanza

MAR SABA

Dame palabras fáciles y claras
para explicar la sencillez del alma
antes de ser rozada por las cosas,
cuando el alma no amaba equivocarse.
Pues al desierto voy, dame lo extraño,
que es ver por vez primera lo sencillo:
la tiniebla y la luz se separaron;
la noche vino y vino la mañana.

José Infante

LUIS CERNUDA TE MIRA

Desde los trazos firmes que esbozan el retrato de J.M. Báez,
que hace cuarenta años te sigue a todas partes,
Luis Cernuda te mira, te vigila, te dice
que la vida es igual que una quimera ingrata,
una fiera que destroza los días de la felicidad
que fueron breves, un discurso plagado
de preguntas que nunca se contestan,
un grito que se ahoga, un deseo irrealizable
que doró tu juventud y se perdió en el tiempo.
Una flor que apenas pudo lucir su maravilla.

Aquí ha estado siempre Luis Cernuda
marcándote el camino que solo era renuncia,
derrumbamiento, naufragio y podredumbre.
Su sonrisa perenne, fija en ese retrato,
te ha dicho cuáles eran la verdad y el camino
de la luz y la memoria, lento pero certero,
el que conduce al secreto misterio de la vida.
La mentira que fija el desaliento
y las noches de angustia sin reloj ni mañana.
Un himno a la tristeza que no ha tenido fin.

A veces Luis Cernuda ha callado, su silencio
ha sido como un libro de páginas borrosas
que había que interpretar porque el llanto nublaba
sus palabras o tal vez porque era un largo
soliloquio que se escribía en las nubes

o en la leve tiniebla del otoño, un mensaje cifrado,
el largo escalofrío que dejaba en los muros
de la casa vacía la señal inequívoca
y la mancha certera que produce su herida,
la cicatriz que deja la terca soledad.

Narciso Raffo Navarro

ORACIÓN DEL PESCADOR AMALFITANO

Un dios no es más que un día,
tu buen día
JUAN CARLOS MARSET

Puedes buscarle entre dientes de ajo,
bajo hispánicos aceites o burbujas.
Le oirás a través de la ventana,
desde el rugir del viento de Sorrento
hasta el romper de las olas solas
de esta costa amalfitana.
Incluso sé que podrás sentirle
cuando la mujer que amas regrese a los hogares
después de discutir con mercaderes
y rudos hombres de sudores como lágrimas.
Cuando llegue a ti, de ti,
a hacer tu mundo, ¿ves? Ahora le tocas,
le acaricias con tus dedos:
aquel dios latino, moribundo
del que hablaban tus abuelos.
Es cierto, él está ahí, en esas
cosas nimias. Pero de pronto
un día ella se marcha
y comprendes: también está en la mentira,
en las palabras que no dijimos, resguardado
en su vacío donde ya tan sólo
queda nada
y nada más.

A C. J. W.
Amalfi, 22 de marzo de 2015

Rubén Martín Díaz

BARROCO

Bernini amplió los límites visibles de la piedra,
se inventó un alma y supo
ser paciente consigo
para hundir el cincel en los costados
desechables del mármol
y obtener, de este modo, la absoluta pureza.

Tanto fue así que humanizó los vértices inertes
de sus más aclamadas esculturas
–Apolo y Dafne, la Fuente de los Cuatro Ríos,
el David, el Rapto de Proserpina...–
para bien de la Santa Iglesia.

También, años más tarde, para bien de nosotros
los que buscamos, más allá del blanco espacio
del mármol o del folio,
conquistar una lágrima, renovar la belleza.

Javier Vicedo Alós

EN LO PROFUNDO

fue largo nuestro día
la memoria no es suficiente para abarcarlo
permanece
sin embargo

si la noche interroga decid el mar
cómo la última piedra
callada en su fondo oscuro
es también ya siempre

el mar

Antón Castro

LA VIDA SENSUAL DE LEOPOLDO POMÉS

Para Poldo Pomés y sus padres,
con Flashback entre las manos

Hay fotógrafos que ven más allá de la luz.
Alquimistas de la imagen, calígrafos del aire,
ilusionistas del movimiento y del deseo,
soñadores de la mujer, Karin, Elsa, Nico, Margit o Teresa,
saltimbanquis del vacío, artistas
en medio de la arena o del naufragio.
No sé muy bien quién es ni qué ansía Leopoldo Pomés:
quizá sea un buscavidas, un explorador del anhelo,
quizá sea un cosmonauta de las emociones inmediatas,
el rapsoda visual de la sensualidad.

Canta y capta la belleza y su temblor eléctrico,
atrapa y extiende los culos asombrados al sol,
desnuda la intimidad inefable,
aquella que está antes o después del cuerpo,
aquella que ni es un seno ni un muslo ni el ardor,
aquella intimidad vedada que se revela en el fondo de los ojos
y en la piel estremecida: el delirio gozoso,
la picardía, el gesto teatral, el arrebató, la perplejidad poseída,
los surcos más insondables del retrato.

Leopoldo Pomés invita a amar la vida.
O quizá sea al revés: la vida ama la cámara de Pomés
y le ofrece sus mejores elementos, los instantes decisivos
de un cuerpo que es nube, mar abierto y confianza.
Pomés lo hace todo. Viste y desviste a las señoras,
les enseña a mostrar lo que quizá ni supieran que tenían,

y ellas le entregan la sinceridad suprema de la tentación,
la humedad más salobre de los sueños
y una promesa abierta a los placeres.

Pomés dialoga con las paredes y el tiempo detenido,
con la memoria de las piedras, la lección de la arquitectura,
y cuenta historias: de amor, de publicidad, de bailarinas
que montan a caballo, alargan la tarde y desdibujan el silencio.
Pomés descifra la realidad y sus ángeles,
exalta a la criatura herida que oculta su desconcierto entre las multitudes.
Pomés adora la brisa, el lenguaje de los zapatos,
el abismo gris de las miradas, la ira de las mareas.
Al final del día, de las semanas o de los meses,
el mundo le ha entregado el poema magistral de sus dones
y él lo devuelve agitado en su lasciva rebelión:
misterio, tumultuosa vida, seguridad natural de los sentidos.

Leopoldo Pomés ama la alegría y la contagia.
El fotógrafo es tan osado que se atreve a abrir
el corazón de su musa (Karin, Elsa, Nico, Margit o Teresa)
a la altura exacta del espejo carnal de su alma.

(Garrapinillos, Zaragoza, 17 y 18 de octubre)

Carlos Peinado Elliot

Y comenzaron a poner las piedras de manera que quedara un círculo de pura piedra y encima de las piedras se aventaba la llanta, y arriba de la llanta se metía la leña. Y ya los cuerpos al principio los íbamos acomodando así: una plancha.

Llegó el Huasaco, gasolina y diesel. Rociaron los cuerpos. Con la plancha de diesel. Gasolina. Y el Duva y el Huasaco les prendieron de una orilla a otra. Un círculo de piedras. En el centro de un círculo de piedras los dejamos. Entonces los chequeé. Y este del Paja los comenzó a acomodar así. Como si fueran leña pero entonces estaban todos muertos: trajo el diesel el Terco (no recuerdo si gasolina o diesel). Y nosotros le pusimos la leña. Pero antes. Se los echó y prendió.

Ponte a arrejuntar botella o plástico –dijeron-. Que no se apague el fuego. Pinche peste. Me puse a buscar llantas y botellas. Allí, en el basurero. Dejando el fuego lento, nos marchamos.

Eso como a las tres acabó el fuego.

Entonces le echamos ceniza para que no estuviera tan caliente. Y tierra. Pusimos doble bolsa. Unos llevaban las palas. Y juntábamos. Era como carbón y pedacitos tal que así de hueso. Las pepitas. Qué bárbaro, de blancas, a pesar de la tizne relucían.

Iguala (fragmento)

Aitor Francos

FILATELIA

Cierro los ojos.
Deja el tiempo de ser
un enemigo.

Claro de luna.
Hay luz sobre las alas
del ave muerta.

Abre ventanas.
Y deja que la luz
pregunte cosas.

Una lombriz.
Única confidente
del girasol.

Juan Frau

CUERPO EXTRAÑO

Tal vez estás aquí por accidente,
porque yo anduve un día con los pies descalzos,
porque quise tocar con fuerza el mundo
allí donde tú estabas,
en el lugar exacto en el que estabas.

Tal vez debo alejarte de mi piel,
retirarte de ella con cuidado
o dejando que brote la sangre cuanto quiera,
cuanto sea preciso,
cuanto la herida misma solicite.

Estás dentro de mí,
es innegable,

tú, mi astilla.

Estás dentro de mí,
un cuerpo extraño
que siempre va a doler:
adentro, afuera.

Roger Wolfe

MUNDO EN RETIRADA

Pienso en ti constantemente. Pero a veces tu recuerdo se me hace más urgente y doloroso. Cuando me voy de viaje, por ejemplo. Cuando llego a sitios nuevos. Cuando despierto en la penumbra de otra anónima habitación de hotel.

Siento tan cerca tu presencia que casi te oigo respirar.

Imagino que yacemos abrazados entre las sábanas revueltas de la cama, sin decirnos nada, escuchando los murmullos de la calle después de hacer el amor.

Ahora mismo estoy sentado en una habitación de hotel. La terraza de mi cuarto da a un jardín que flanquea el edificio. Más allá del jardín, al otro lado de los árboles, se adivina el río. El rumor del agua llega hasta la pieza a través del ventanal abierto del balcón.

Son ya últimos de octubre. El día es frío, pero luce el sol; uno de esos días de mediados de otoño que a mí tanto me gustan. Octubre y noviembre: mis meses preferidos. (Ya sé que a ti lo que más te gustaba era el calor; la fiesta amarilla del verano.)

Los rayos del sol bañan el jardín, van colándose por la ventana, se derraman por el suelo y dejan un charco de luz que se remansa en un rincón. Luz de otoño. Luz de mundo en retirada.

De vez en cuando pasa un coche. En la otra orilla del río, figuras humanas se recortan como pequeñas marionetas animadas contra el ocre inflamado del paisaje.

El silencio es casi total, por un momento.

Lío y enciendo un cigarrillo. Y luego alzo la vista y sorprendo mi rostro en el espejo: esas arrugas cada vez más mías; el cansancio en la mirada; los ojos, levemente humedecidos, tras las volutas del humo que se va.

Hostal San Marcos, León, otoño de 2001

R E S
E Ñ A
S

Siete nuevos nombres en la poesía española

VICENTE GARCÍA

Carlos Iglesias Díaz

Pablo Núñez

Siete mundos. Selección de nueva poesía

Impronta, 2015.

Las antologías autonómicas de poesía no suelen tener demasiado interés. Acostumbran a incluir poetas buenos, malos y regulares, y a menudo pecan de cierto regusto provinciano. No es el caso de la que ahora presentamos. A pesar de que los siete poetas son de origen asturiano, no sobrarían en ninguna exigente selección de nueva poesía española.

También suele ocurrir que en las antologías se procura cubrir un porcentaje de cuota femenina, a menudo forzada, buscando en ocasiones cierta discriminación positiva. No es así tampoco en el caso de *Siete mundos*. De los siete poetas, cuatro son mujeres, pero están ahí por derecho propio. Todas ellas tienen la misma calidad que los autores masculinos.

Los poetas seleccionados son Laura Casielles, Alba González Sanz, Rodrigo Olay, Sara Torres, Diego Álvarez Miguel, Raquel F. Menéndez y Xaime Martínez. Todos ellos nacidos entre 1986 y 1993.

Señala Carlos Iglesias Díaz que en ellos hay una relectura de la tradición literaria, a la cual se añaden ocasionales guiños posmodernos, referencias a la cultura audiovisual y una cierta voluntad lúdica (Olay, Álvarez Miguel, Martínez). Añade que el buceo íntimo en la memoria familiar viene acompañado por una exploración de las posibilidades simbólicas del lenguaje (González Sanz, F. Menéndez, Olay). Asimismo, cree Iglesias Díaz que destaca la reafirmación de la conciencia individual, la cual se manifiesta a través del autoanálisis y una mirada introspectiva sobre el mundo (González Sanz, Torres, F. Menéndez); del viaje y la apertura hacia realidades ajenas (Casielles, Martínez); de la solidaridad con los demás (Casielles, González Sanz, F. Menéndez); de la creación, en fin, de universos imaginarios (Torres, F. Menéndez).

La obra de cada poeta es analizada en detalle

por Carlos Iglesias Díaz en el estudio introductorio. Hace referencia, asimismo, a otros autores que, por diversas razones, no figuran en esta selección.

Los antólogos señalan sus intenciones: seleccionar a algunos poetas asturianos nacidos a partir de 1984 que escriban en castellano y sean susceptibles de ser incluidos en una selección de alcance nacional. Requerían, asimismo, que los antólogos contasen con algún libro publicado.

Como epílogo del libro figura un exhaustivo análisis de Pablo Núñez sobre las antologías de poesía asturiana (y las nacionales en que se incluyen poetas del Principado), aparecidas en las últimas décadas, mencionando los nombres de los antologados de procedencia astur.

Nada: vida

EDUARDO MOGA

Moisés Galindo

Las formas de la nada

La Isla de Siltolá, 2015.

En *Las formas de la nada*, el segundo poemario de Moisés Galindo (Súria, Barcelona, 1963), tras *Visegrado Hotel*, publicado en 2011, se articula un sañudo combate existencial, cuyo argumento es el que siempre ha sido: la contraposición entre la maravilla inexplicable de la vida y la certeza no menos indiscifible de la muerte. En los poemas generalmente breves, casi diamantinos, de *Las formas de la nada*, Galindo expresa la perplejidad que le inspira el mundo y su propio alentar en él, pero sin abandonarse a los estragantes placeres del solipsismo: sin darse a la contemplación afanosa del propio ombligo. Proclama el arrebatado del amor y renueva la conmovedora súplica de Cansinos Assens, «¡Oh, Señor, que no haya tanta belleza!», o la no menos emocionante confesión de Robert Browning: «Cuando nos sentimos más seguros, ocurre algo, una puesta de sol, el final de un coro de Eurípides, y otra vez estamos perdidos», ambas felizmente recordadas por Borges. El mundo le ofrece al poeta sus placeres más tangibles: los del cuerpo y la naturaleza; los de la caricia y el caso; los del vino y la flor. Y también los de la poesía, que puntea *Las formas de la nada*, mediante ceñi-

das intertextualidades, como un arpegio sutil. A menudo, las metáforas con las que Moisés Galindo presenta estos prodigios son la respiración —el *atmós*: la sustancia del espíritu— y la sangre, símbolo inmemorial de la vida, pero también, con su huida, con su pérdida, de la muerte. «Sé que respiro luz: / la sangre es porosa», escribe, sinestésicamente, en «Respiro I».

Frente a la evidencia de un yo admirado y desconcertado por sí mismo —por su latido y su exaltación: por su puro estar— y por el mundo que lo rodea, se alza la certidumbre de la desaparición, otra vez bifurcada: la propia y la de los demás; la de ese yo fascinado y respirante, y la de los seres queridos, encaminados siempre en potencia, y muchos ya en acto, a la muerte inevitable. Pero la muerte no es solo la extinción física: la muerte es la nada. La anulación de la materia supone algo más alto y más incomprensible: la desaparición de la conciencia. El eclipse incondicional de los sentidos desmantela el sentimiento y derruye la inteligencia, las dos caras de eso que llamamos, con imprecisión manifiesta, pero con deliberado ahínco, el yo. Y por ese sumidero se van, hasta el mar de la inexistencia, la realidad que creíamos —o deseábamos— indestructible, los instantes que habíamos creído —o deseado— eternos, el asombro de amar, y de tener nombre, y de estar aquí. Esa nada devoradora se enseñoa del título, con radiante paradoja, y comparece en casi todos los poemas. Frente a ella se asienta el deseo —la pasión— de la supervivencia, expresado por la voluntad de estar «a salvo», una locución que se repite obsesivamente («Todo formas de la nada, / cambiantes; donde continuar a salvo»), o el no menos reiterado anhelo de estar «más allá» de las cosas y su finitud, de su lacerante contingencia —un desiderátum, por otra parte, de todos los artistas: trascender lo inmediatamente accesible y alcanzar lo que escapa a la percepción y la evidencia, la verdad escondida de las cosas—, aunque ambos empeños han de batallar con el miedo, otro actor de esta contienda íntima, esto es, con el temor de abandonar las facilidades cotidianas, cegadoras, y adentrarse en los espacios desconocidos de la conciencia, en otras posibilidades del yo. Se trata, pues, de vencer «esa comodidad que nunca quisiste cambiar o destruir / para no vivir en la intemperie ni enfrentarte a la verdad. / Esa forma de cobardía al confinar el deseo a lo preciso, / lo correcto, lo adecuado. / Sin

experimentar los límites de lo que realmente eres»; se trata de «cruzar el miedo».

Pero la virtud decisiva de *Las formas de la nada* no radica en la exposición de esta ancestral dicotomía, con ser admirable por su concisión y su hondura, sino en cómo la resuelve. En una inacabable eclosión de paradojas —la principal de las cuales luce en el propio título del poemario—, Moisés Galindo desnuda la paradoja central: vida y muerte son lo mismo; ser y nada se alimentan mutuamente; existir y desaparecer poseen una textura igual, una naturaleza idéntica. No estamos, en rigor, ante una reedición del viejo «ser para la muerte» de los estoicos y los sartrianos —aunque Galindo tiene mucho de estoico—: en *Las formas de la nada* la muerte no es una realidad irrevocable que nos atenace desde que nos asomamos a la vida, ni la tenebrosa desembocadura del río del tiempo, sino que anima la vida: el poeta vence a la nada abrazando a la nada, convirtiéndola en el centro de su regocijo y su estupor, en el fuego que caldea su hacer, en el motor mismo del pulso. «Intuyo la inexorable y acerada paradoja: / misteriosamente, la misma muerte te preserva», escribe el poeta en «Paradoja». Y en el poema siguiente, «Finales», remacha: «Y al final te hundirás / en las arenas movedizas de la nada / como si fuese el comenzar de otro latir. / Una respiración cercana y misteriosa. / Tan parecida el amor y la belleza / de cuanto nos rodea». En esa circularidad palingénésica, que condice con un ritmo sideral de creación y destrucción, y que se cifra en un presente en el que todo, la plenitud y la ausencia, resulta inextricable, Galindo encuentra la forma de sobreponerse a la muerte de los otros a los que quiere y de sí mismo, el arma para defenderse de la ruptura y el dolor. El tiempo se compacta para aunar lo presente y lo ido. Siguiendo a Quevedo y a Eliot, el poeta escribe: «Está aquí, ahora, siempre: / los muertos, los vivos; todo / lo que fue, es y será»; y también: «Todo está a salvo. / Todo lo que fue, es y será persiste»; y aún: «Por tu sangre, ilimitada, fluye / y se repite todo lo que fue, es y será; y por fin: «seres / que han estado, están y estarán siempre / a salvo». En *Las formas de la nada*, el final es el principio y la nada, el todo.

Un matiz singular: este poemario no es solo abstracción; es más, no es ni siquiera principalmente abstracción, pese a su espesa urdimbre meditativa. Lo visible, con su derroche de volúmenes y colores, lo salpica a cada paso, como si la palabra

fuera solo un ojo escrito, como si la voz fuese pupilar. Y también lo coloquial. Galindo no solo no se engríe en sus versos —«llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala», le recomienda maese Pedro a su ayudante o trujimán en el *Quijote*—, sino que los dota de una naturalidad casi doméstica, algo que se percibe sobre todo en los poemas en prosa del díptico «Noviembre y viento» o en algunas composiciones versales de hechuras más dilatadas, como «Medio vacía» (que forma, a su vez, un díptico con el siguiente, «Medio llena»: a Moisés Galindo le gustan las estructuras simétricas, tan reparadoras) o la que cierra el volumen, fechada, como si fuese la entrada de un diario: «Empuriabrava, sábado 26 de julio de 2014». Por ejemplo, en «Noviembre y viento I», también fechado, escribe: «20 de noviembre. Como el veinte de noviembre del año pasado, hace un viento del carajo. Pero no es el año pasado, aunque pudiera serlo, si no fuese porque (...) la mirada (...) me coge de las orejas como a un niño díscolo y me devuelve al cuarto de las ratas de donde no debí salir». *Las formas de la nada* acumula una expresión minimalista, con las excepciones dichas, y un timbre depurado, esencial; tanto que casi podría decirse que es literatura oriental, donde el acendramiento de la forma y la reconciliación de los contrarios, tan poco aristotélica, vienen triunfando desde el *Shih Ching*. Moisés Galindo ha consignado en este delicado y magnífico poemario una visión restañadora del mundo y de nuestra presencia en él. Sobreponiéndose a las modas y vivificando las tradiciones, ha sido capaz de formular un acercamiento personal al prodigio y al absurdo de la vida, y lo ha hecho, como rezan los últimos versos del libro, «sin existir pero con vida. / Respirando el horizonte. Siendo / el corazón mismo de la nada».

Energía necesaria

JUAN MANUEL ROMERO

VV.AA

Años diez (revista de poesía)

Cuadernos del Vigía, 2015.

La literatura necesita las revistas para hacerse presente con una vibración de actualidad. *Años diez*

nace en mayo de 2014 con el objetivo declarado de crear un espacio para «el conocimiento y disfrute de la poesía» desde una vocación de eclecticismo, gusto y rigor. Dirigida por los excelentes poetas Juan Carlos Reche y Abraham Gragera, y editada con esmero por Cuadernos del Vigía, la revista promueve la reflexión sobre el estado de la poesía en frentes decisivos: los poemas inéditos, la traducción, la reflexión sobre los vínculos entre poesía y sociedad, la reivindicación de voces heterodoxas y el estudio en profundidad de un autor aportando material filológico de investigación (entrevistas, correspondencia, diarios, ensayos) de primer orden.

Los versos lujosos y sensoriales de Pablo García Baena, que han esperado nueve años desde *Los Campos Elíseos*, abren de forma espléndida el número 2 de *Años diez*, correspondiente al otoño de 2015 de esta publicación semestral. En la misma sección esperan más hallazgos: el argentino Walter Cassara, que encuentra belleza griega en barrios de extrarradio; dos agudos inéditos de María Eloy-García, que describe «el calambre de fuego / del nailon puro» con su irónica metafísica del supermercado; siete poemas breves del italiano Cesare Zavattini, más conocido como cineasta del neorealismo italiano, traducidos por Juan Vicente Piqueras; y una selección de la poesía breve, luminosa y delicada del búlgaro Borís Jústov, de la que se encargan Juan Antonio Bernier y Liliana Tabákora. De la mano de la poeta y especialista en lenguas eslavas Patricia Gonzalo de Jesús nos adentramos en una sustanciosa meditación sobre la labor traductora que viene a recordarnos, citando a Nabokov, Holub o Bernofsky, y aportando ejemplos de Bishop o Brodsky, que el conflicto entre realidad y deseo que vive el traductor no es demasiado diferente del que se sufre en la creación.

Sobre democracia, revolución, bipartidismo y otras «profundidades tanáticas» trata el extenso artículo de Enrique Andrés Ruiz «Una democracia perfecta», toda una invitación al debate lírico-político. Lo acompaña el trabajo de Erika Martínez «Mujer agita los brazos», un inteligente acercamiento poliédrico, irónico e implacable al tema de la identidad a través de una visión de género muy imaginativa (no se pierdan la fantástica pieza «Yo quería ser una mujer trabajadora») y que nos incumbe a todos: «El sujeto político del feminismo es la humanidad». La apuesta más fuerte de

la revista se encuentra desde luego en su Dossier, sección en la que, como se hizo en los números anteriores con Gerardo Diego y Denise Levertov, un importante número de especialistas y poetas estudian la vida y obra de Carlos Martínez Rivas, un gran poeta menor del que sólo conocíamos en España *La insurrección solitaria y Varia* (Visor, 1997), con prólogo de Luis Antonio de Villena. Epistolario inédito, entrevistas, fragmentos de su diario, material fotográfico y una selección de su poemario *Allegra inato*, contribuyen a completar el perfil del «poeta nicaragüense más importante del siglo XX tras Rubén Darío», un autor que aún no ha alcanzado quizá «a nivel internacional el lugar prominente que le corresponde».

Frente a los que pretenden mostrar la poesía como un territorio redundante y cerrado, *Años diez* se empeña en ser una guía de constantes descubrimientos. A ello contribuyen, además de lo ya señalado, la sección *Rara avis*, donde Martín López-Vega presenta a las poetas brasileñas Cecília Meireles y Adélia Prado. Y la entrevista a la poeta Alice Oswald, de la que conocíamos su magnífico *Bosques, etc.* (Pre-Textos, 2013), traducida por Christian Law Palacín, en la que se vislumbran algunos de los asuntos que preocupan a la poesía foránea más brillante, y que también llegan a nosotros. Con este nuevo número, la joven *Años diez* sigue cumpliendo, en hermosas páginas de papel (y con prometidos contenidos online), su cometido: que la poesía siga viva con su plural esplendor y su energía necesaria.

La verdadera ligereza

IOANA GRUIA

Ángeles Mora
Ficciones para una autobiografía
Bartleby Editores, 2015.

Ángeles Mora es uno de los mejores y más importantes nombres de la poesía contemporánea en español. He escogido deliberadamente «nombre», ya que podría haber dicho que es una de las mejores y más importantes poetas contemporáneas en español, pero quería subrayar que su escritura destaca no sólo entre las poetas (que a pesar de algunos reconocimientos y premios siguen en

general teniendo menos proyección que sus compañeros). Y he insistido en que se trata de la poesía en español, y no únicamente de la poesía española, para dejar claro el amplio alcance de la escritura de Ángeles, elogiado por críticos tan finos y lúcidos como Luis Muñoz, Juan Carlos Rodríguez, Francisco Díaz de Castro, Miguel Ángel García o Sharon Keefe Ugalde. Su último libro, *Ficciones para una autobiografía* (Bartleby, 2015), nos regala una fiesta de la emoción y la inteligencia.

Hay que señalar la capacidad sobresaliente que posee Ángeles Mora de crear un mundo poético propio, reconocible pero renovado con cada libro, capacidad que constituye la marca de los grandes poetas, y que se entretiene con un diálogo muy productivo con la tradición (identificamos en *Ficciones para una autobiografía* las huellas, explícitas o implícitas de Szymborska, Castellanos, Dickinson, Cortázar, William Carlos Williams, John Donne, Juan Ramón Jiménez, Anne Perry, Fitzgerald, Ana María Matute, Jaime Gil de Biedma, Jane Austen, Góngora o Quevedo). En su artículo «Los espacios del tiempo en poesía (Notas para una aproximación a la lectura poética)» Juan Carlos Rodríguez establece magistralmente los núcleos básicos del libro: «la detención del tiempo en la escritura», «extraer o atrapar alguna verdad oculta tras la aparente máscara de la ficción poética», la ironía y el distanciamiento, subrayando asimismo la perspectiva feminista de varios poemas.

El libro se abre con dos magníficos poemas-prólogo: «A destiempo», que marca «el desajuste» como signo temporal y vital de la protagonista poética («En aquel desajuste / -todo un presagio- / he vivido por siempre») y «Retazos», que desarrolla una meditación muy sutil acerca de lo no escrito, de los trozos de vida que escapan de la ordenación en un poema: «¿Dónde esperas, olvido, / roto hilo del poema / que nunca escribiré?». Si cualquier autobiografía tiene un componente de ficción, ya que al contarnos nos (re)inventamos, estas *Ficciones para una autobiografía* (extraordinario título) apuntan a una doble verdad: los poemas son «ficciones», artefactos elaborados, y estas «ficciones» acaban por construir tanto al «yo» poético femenino, como a su otra que habita en su cuerpo como sombra a la vez cercana e imposible de atrapar. La primera parte, «¿Quién anda aquí?», se abre con el poema homónimo, que recuerda —y no sólo en el título— el fascinante mundo de Cortázar y sus

dobles: «¿Quién vive aquí conmigo, / pero sin mí, / igual que si una sombra me habitara, / de mujer a mujer / sin que pueda tocarla, / llenando de preguntas / mis largas noches sin respuestas?». La interpelación acerca de la subjetividad femenina, una constante en el libro, se entrecruza con una perspectiva feminista muy bien plasmada poéticamente e inserta en una atmósfera magistral, con resonancias de Faulkner, Sylvia Plath y Alice Munro. Actos cotidianos se contemplan desde una lente distanciadora, bañada en luz o agazapada oblicuamente en la penumbra. En este sentido podemos nombrar «Planchando las camisas del invierno», «Noche y día» o «La soledad del ama de casa». En este último poema encontramos una espléndida reflexión sobre la culpa («Como esa mancha que no sale del vestido / la culpa se aloja en la conciencia»), la soledad o la sensación de tristeza y vacío al acecho en los objetos cotidianos que se convierten en una prisión: «Huecos tristes ante una misma, / estirando la ropa que no planchas / o tapando las camas que no haces». De manera muy inteligente, la perspectiva feminista sigue en la segunda parte del libro, «Emboscadas» (título muy apropiado, ya que desde «el origen» y «el pecado» evocados en «Ella» a la mujer se le han tendido emboscadas patriarcales). Los «lugares de escritura» que aparecen en el poema homónimo son de nuevo situaciones cotidianas en apariencia banales como el lavado de los platos, durante las que se activan sin embargo sensaciones que pasarán a ser material poético y reflexiones sobre el carácter de (re)invención de la memoria: «el recuerdo inoportuno, / mas bellísimo acaso, / de algo que no ocurrió tal vez como creemos». La tercera parte, «Palabras nuestras», celebra la unión epidérmica entre el amor y la poesía, atravesada por el paso del tiempo en el celebratorio «Cumpliendo años», que recuerda «El aniversario» de John Donne y el «Vals de aniversario» de Jaime Gil de Biedma: «El tiempo somos tú y yo que caminamos juntos / por esa línea frágil de la vida». También aprendemos, en «*In the Windmills of Your Mind* (O el hilo de una historia)» (que toma prestado el título de la canción de Noel Harrison), que «existe un destino que sólo se conquista», como la libertad: «Un espacio de sueño y desafío / para escribir lo nuevo». El extraordinario poema «El hueco de lo vivido» reflexiona sobre la tensión entre la mirada y el tiempo, para rescatar el instante fuera de la fotografía, el instante que se ha que-

dado en el aire, sin atrapar, y sólo puede aparecer en el poema: «me duele aquel instante eterno / que no se fija ni se va, / aquel momento nuestro para siempre». La cuarta parte del libro se titula precisamente «Los instantes del tiempo» y entreteje la meditación sobre el paso del tiempo con el efecto óptico, temporal y emocional de la fantástica luz de la memoria. Así, en «Con luz propia», leemos: «La memoria reserva llaves escondidas, / enciende luces que ya no sirven / más que para doler». La última parte de *Ficciones para una autobiografía*, «El cuarto de afuera», construye poéticamente la emoción de la infancia, que se configura en «Veranos» como espacio donde aprender el vértigo de la vida: «Siempre busqué el valor en los brazos del miedo» y evoca en «Al aire libre» el cine de verano con el memorable plano de Gary Cooper en *Solo ante el peligro*. El último poema, «El cuarto de afuera (relato en blanco y negro)», es una poderosa y conmovedora evocación de la imagen del padre, médico rural, dolido por la miseria, la enfermedad y la humillación de los vencidos de la posguerra y esperando un futuro mejor para sus hijos: «éramos los niños, / parecíamos el futuro / en tus ojos cansados».

Ficciones para una autobiografía es un libro espléndido, cuya lectura nos muestra que la poesía de Ángeles Mora posee las nada frecuentes cualidades de una cuidadísima construcción de la emoción y de una muy sólida ligereza. La verdadera ligereza, una de las dimensiones destacadas por Calvino, es algo extremadamente difícil de conseguir, igual que la verdadera claridad, siempre compleja, elaborada y epidérmica. Tiene que ver con la corporalidad del vuelo, y es la marca de los auténticos poetas.

Viendo crecer la hierba

ANTONIO LAFARQUE

Rafael Espejo
Hierba en los tejados
Pre-Textos, 2015.

Seis años separan Nos han dejado solos, la anterior entrega de Rafael Espejo, de *Hierba en los tejados*. Aunque en abstracto nada indica, la cifra apunta a un escritor de bodega, podríamos decir, y no

porque su segundo libro lleve por título *El vino de los amantes* sino porque su tempo es de proceder silencioso, interiorizado, decantado al ritmo de «la gota que se suelta / de su estalactita» («Que alguien se lo diga»). Seis años es el tiempo de envejecimiento mínimo exigido a un caldo para lucir la etiqueta de gran reserva, si previamente la cosecha tuvo calidad. Y las añadas de Rafael Espejo la tienen.

Decía Walter Benjamin, a propósito del París de Haussmann y Baudelaire, que «el hogar del *flâneur* es el bulevar». La cita conserva la vigencia histórica, pero ha perdido frescura porque la ciudad no es ya referente mítico de los poetas españoles de la última promoción consolidada. Rafael Espejo prefiere contemplar la naturaleza a pasear por los espacios metropolitanos, un signo común a otros compañeros de viaje, casos de Josep M. Rodríguez, Juan Manuel Romero y Juan Antonio Bernier cuyos últimos libros se gestaron durante más tiempo al calor de los rayos del sol que bajo la luz de una lámpara de escritorio. Son fototrópicos, al igual que los girasoles. No se trata de arrinconar el medio urbano, que nos inculcó «vagas / nociones de belleza imposibles de extirpar» dice Abraham Gragera, sino de buscar espacios libres de contaminación. El *flâneur* se ha transformado, dicho sea sin ironía ni doble sentido, en *voyeur* del entorno natural. Las metáforas que sobrevolaron edificios, pasajes, aceras y bajos fondos anidan ahora en el agua, las estrellas, los animales y los bosques.

Hierba en los tejados tiene mucho que ver con las conexiones entre la mirada y su hijo literario, el lenguaje. La mirada debe proveerse de recursos eficaces y fiables para aprehender la realidad, contradictoria por vocación y en evolución continua sin que el poeta, desorientado, sepa hacia dónde: «¿Qué me enseña vivir / si todo muda?». Recurrir a la conciencia es orientarse con una brújula desnorada, puede resultar incluso nocivo: «la conciencia, ese envenenamiento». Entendida como conocimiento espontáneo, la conciencia no va más allá del ahora, del instante placentero válido quizás para la experiencia amorosa («A qué quererla más / pudiendo amarla a poco, espontáneo / como el presente»). En su significado ético o moral se acerca peligrosamente a la autobiografía, una pesada mochila con la que Rafael Espejo no quiere cargar, y al juicio crítico de lo ajeno, ejercicio descartado en los presupuestos literarios del autor. Una tercera

lectura de la conciencia a modo de memoria tampoco satisface las expectativas porque se pierde el rumbo de la escritura: «Un subconsciente arcano me reescribe, / me modifica a antojo, / como si fuese suyo». Si la conciencia es inoperante quedaría apelar a la razón, pero esta se revela enemiga de la poesía: «me bruma la razón / con su gruñido de animal oscuro / [...] / desarmando el instante / del poema».

Por tanto, ante la tornadiza realidad a la mirada solo le cabe cumplir con su función primordial: observar. Los versos finales de «Tras la cortina de árboles» apuestan por no perder detalle: «ver desde la ventana / cómo despacio, / muy despacio / el paisaje se mueve». Parece que estamos viendo, fotograma a fotograma, una película rodada con cámara de alta velocidad y lentes orbitales que enfoca con similar nitidez una piedra o una nube, y es capaz de trazar una panorámica desde la infancia («Un fósil de alta infancia») hasta el futuro («Semilla de diente de león II. Un gran viaje»), sin dejar atrás el presente («En su azotea»). Todo se contempla para ser celebrado («Me suspendo admirando / cómo la vida es», «Me deleito mirando»). Hasta la muerte se piensa como acto perfecto y suma de amores perdidos, y una calavera es «un teatro vacío» en el que resuenan los amortiguados ecos de una vida («Hipótesis»).

Varios poemas de *Hierba en los tejados* me parecen fundamentales para entender el uso del lenguaje por Rafael Espejo. En «Fábula de mis ojos» cuenta la evolución del órgano de la vista y la dificultad para interpretar la información que llega a los ojos («la rareza / de ver lo que es visible»), un proceso analógico que conduce al callejón sin salida de la metáfora y la analogía: «¿Qué puedo hacer entonces / [...] / si al mirar unos pechos / los comparo con pomas maduras / bajo una nube fértil...?». En otro texto transfigura la imagen de un escarabajo pelotero arrastrando su bola de estiércol en la de un ciclista en plena escalada: «Quiero decir: me cuesta / ver al escarabajo» («Fábula del escarabajo»). Si aún quedan dudas, leemos en «Un ramo de raíces»: «Idealizamos lo que el ojo ve». El énfasis recae en «idealizar», que funciona como sinónimo de «poetizar», es decir, Rafael Espejo utiliza el lenguaje para lavar la realidad. Y así lo quiere por amor a la poesía, por «restaurar / el mundo», porque «no puede ser mentira lo que asombra». Creo que ha dictado una magistral clase de táctica

y estrategia para vencer, lo decía Brodsky, la resistencia que la poesía ofrece al lenguaje.

Quienes quieran transitar su camino tendrán que hacer parada y fonda en este libro porque contiene piezas imprescindibles para entender su sistema poético. Hablo de «Una roca varada», de «Génesis», del confesional «No tengo casa» con sus «nostalgias expansivas» y su ruego, a la sombra iluminadora de Juan Ramón Jiménez, de conectar con «el alma / secreta de las cosas» porque el lenguaje se queda corto ante el espectáculo de una noche estrellada.

Hierba en los tejados huele a tierra mojada tras la lluvia: la felicidad del amor pleno, la mirada limpia sobre lo cotidiano, los recuerdos de una infancia dichosa... Pero la hierba lignifica, madura que es lo importante. Los humildes brotes que emergen en el poema de apertura acaban por convertirse en los robustos árboles que dialogan con el poeta en el texto de cierre. Han madurado al ritmo que lo ha hecho su autor, sin lugar a dudas uno de los poetas indiscutibles.

Neoculturalismo y metamorfosis

GREGORIO MUELAS BERMÚDEZ

José María Jurado García-Posada
Gusanos de seda
JMJ, Badajoz, 2016.

El poeta sevillano José María Jurado García-Posada publica su quinto poemario, *Gusanos de seda*, en una bella edición del autor. Tanto el título como la ilustración y el diseño de la portada, dos gusanos sobre un fondo que imita la textura y el color de la seda, obra de Pámpano Vaca, son muy sugerentes y albergan, como si de un capullo se tratara, treinta y tres poemas de delicada factura y honda materia.

José María Jurado ha enviado a imprenta *La memoria frágil* (Diputación de Cáceres, 2009), *Plaza de toros* (Isla de Siltolá, 2010), *Tablero de sueños* (Isla de Siltolá, 2011) y *Una copa de Haendel* (Isla de Siltolá, 2013), cuatro poemarios en los que ha templado su pluma y madurado su voz hasta culminar en el libro que nos ocupa, un volumen donde el autor ha depositado su amplio ba-

gaje cultural con actitud crítica hacia una realidad adversa y maniquea.

Uno de los grandes atractivos del poemario lo encontramos en su contraportada, donde podemos leer dos breves comentarios sobre el mismo firmados por dos grandes poetas: Luis Alberto de Cuenca y Antonio Colinas, poetas culturalistas que con sus sabias palabras enmarcan la obra en un renovado contexto cultural donde José María Jurado destaca con luz propia, heredero de aquellos en cuanto a intereses y referencias pero enteramente actual en la pluralidad de temas que trata.

Una cita de la *Eneida de Virgilio* acompaña la dedicatoria a la memoria del padre del autor, que clausura el libro con una fotografía donde aparece éste alzando con amor al hijo recién nacido, y es que una aureola de ternura rodea un libro que es una delicadeza en sí mismo.

El poemario se nos presenta sin división interna en partes, como un continuum de poemas de ritmo imparisílabo, con predominio del endecasílabo y el alejandrino. En el poema inaugural, que titula el libro, el autor establece un símil magistral entre el sueño de la metamorfosis de los gusanos en su caja de cartón y el sueño eterno al que el hombre está abocado. En «Águilas, 14» el nombre de una calle de Sevilla le devuelve a la casa materna, por donde desfilaron las águilas de Roma, y antes los fenicios, y ahora el recuerdo emocionado de la última «tarde clara de verano».

Como digno continuador de la estética culturalista, José María Jurado despliega un amplio abanico de referencias culturales: literarias, como Thomas Mann y sus Buddenbrooks en «Última Navidad en la Mengstrabe»; pictóricas, como Diego Velázquez en «Pavana para una infanta difunta», o Juan Sánchez Cotán en el bellísimo soneto «Bodegón», que recrea una de sus célebres naturalezas muertas. También grandes poetas son objeto de homenaje: Fernando Pessoa en «Lisboa antiga», y Antonio Colinas en «Giacomo Casanova lee *Sepulcro en Tarquinia* en la biblioteca del Conde de Waldstein, en Bohemia». El cine es otro de los temas que animan al poeta a tomar la pluma con fervor e ingenio; es el caso de *La dolce vita* en el felliniano poema homónimo, o en el leoniano «Spaghetti Western». Otros temas e intereses también encuentran acomodo en sus versos, como la música: de Robert Schumann en «Un piano en el Rhin»; de The Beatles en «Let it be», donde reme-

mora la historia de la mítica banda de Liverpool al son de uno de sus grandes éxitos; o del minimalista estonio Arvo Pärt en «Spiegel im Spiegel». Y la filosofía en «Heideggeriana», donde reflexiona sobre el ser como un viento al que suplica: «Tú que agitas las copas de los árboles/ sacude nuestra angustia al filo de la muerte/ y extiende nuestro tiempo más allá del abismo».

Pero si hay un espacio mítico es Roma. La Ciudad Eterna parece condensar las aspiraciones del poeta, cuyos pasos se ahondan en algunos lugares emblemáticos, como el «antiguo estadio de Domiciano» en «Luna llena en Piazza Navona», la Fontana de Trevi en «La dulce vida», y el barrio de Trastevere en «Instagram». José María Jurado es un poeta cosmopolita y culto, que borda con primor las palabras, que teje con hilos de oro, y su andadura le lleva por remotos derroteros históricos y geográficos en un curso personal y único hasta desembocar en el emocionante poema epílogo «Entre dos fotografías», la que figura en la antepostada, que retrata al autor en Vía Veneto, y la que citamos anteriormente, entre ambas median cuarenta años y se inserta el poemario, aquí la memoria del padre alcanza su punto álgido, y el tono elegíaco, que domina todo el libro, su fin y su principio: «Son sagrados los restos de la vida / y aunque nada hay de ti en esta urna, / pues gozas de la gloria de los justos, / yo la levanto al sol y digo padre, / padre mío que estás en los cielos / ahora y en la hora de mi muerte.»

Del humo al humus

ANA GALLEGRO CUIÑAS

Álvaro Salvador

Fumando con mis muertos.

Fundación José Manuel Lara, 2015.

De entrada he de advertir a los lectores de que el último libro de Álvaro Salvador se les va a enredar en las manos como una hiedra, de esas que crecen voraces en los gastados muros de la memoria para atrapar esquivadas de nuestro pasado. Me explico: la primera vez que lo leí me recordó a las ensoñaciones sinuosas, fascinantes y temibles, de las ciudades invisibles de Italo Calvino. En concreto pensé en Zora, «la ciudad que quien la ha visto

una vez no puede olvidarla más». La ciudad de la memoria. Porque todo el libro en sí es una ciudad y un recuerdo, tiempo y lugar plurales, en los que transitan figuras, fantasmas, como en Zora, que se suceden a la manera de una partitura musical «donde no se puede cambiar ni desplazar ni una nota». Y ya sabemos que en la obra de Álvaro Salvador siempre suena una música (no en vano tituló así su antología), en este caso al ritmo de Vallejo, Neruda, Siles, Teiller, por supuesto Machado, Lorca, Ángel González, para entonar, con voz propia, un tango rabioso y desgarrado, un «cantar lo que se pierde», un hacer presente la ausencia de hoy y el vacío del mañana, las marcas del sufrimiento que, como decía Fitzgerald en *Suave es la noche*, deben compararse a la pérdida de visión en un ojo, como sucede en el poema «Denuesto de la sombra». Puede que en algún momento no notemos que nos falta algo, pero el resto del tiempo, aunque lo echemos de menos, nada podemos hacer. Excepto escribirlo en verso, con un lenguaje exacto, comprometido y crudo, como el que practica Álvaro Salvador: «Cuando cierro los ojos / todavía veo la sombra». Esto es: vemos huellas, rastros, ecos, itinerarios de invisibilidad.

La segunda vez que lo leí entendí que las seis partes que articulan el poemario: La canción de la tierra / Fragmentos de Nueva York / Remordimiento / Una mujer espera en el andén / El libro de las artimañas y Jubileo son variaciones de un mismo tema: humo y humus. El *fumus* del tabaco aparece en todos sus sentidos: lo efímero (en «Improbable discurso a los jóvenes»), la suspensión (en «Canción rara»), lo inaprensible (en «Sierpe»), lo irreal onírico (en «La edad de los sueños»), la bohemia artística (en «Manhattan Poetry»), el beso de fuego —como dijo Mallarmé— de un cigarrillo en los labios o de un amor en llamas (en «El Vedado» o en «Leo House»). Y es que el tabaco, como todos los vicios y las bajas pasiones, está especialmente ligado a la vida, aunque parezca lo contrario, porque ese veneno dulce invoca en cada bocanada de aire a la muerte. Los ocho centímetros de un cigarrillo transforman la respiración ennegrecida, la visión vaporosa, el tacto amarillento, el sabor alquitranado en una resta existencial. La vida para los fumadores no es una caja de bombones, sino un paquete de tabaco. Otra vida: es decir, otra muerte. Tal vez por ello muchos escritores han sido, y todavía son algunos, grandes fumadores: por la

tensión que evidencia el oficio literario con el sobrevivir. Cuando se escribe no se vive. O se vive de «otra manera». Cuando se fuma, no se vive. O se muere de otra manera. Basta pensar en Baudelaire, Gide, Cortázar, Neruda, Faulkner, Herta Müller, Onetti, Ribeyro, Eielson, Cabrera Infante; todos grandes fumadores que además han escrito sobre el arte de fumar y las noches oscuras del alma. Todos han sido de algún modo «asesinos tímidos», como diría Pavese. O resucitadores –resucitados, incluso– audaces, como nuestro autor: «A veces sueño que de nuevo fumo / y entre el humo oloroso de mi vida pasada / los muertos de mi muerte me visitan, / me hablan, me recuerdan.»

Ciertamente Álvaro Salvador se suma a esta genealogía con *Fumando con mis muertos*, que es uno de los mejores poemas de su generación. No tengo la menor duda: el juego de falsos opuestos al que se avienen las imágenes que proyectan sus versos nos llevan del humo al humus, de la vida al sueño eterno, mediante una palabra artesana, serena pero severa, fruto de una dilatada experiencia poética y vital. El humus, nerudianamente, reside en la tierra (como en «La canción de la tierra»), en la naturaleza viva (como en «La sustancia del tiempo» o «El linaje de los mirlos») o en la muerte (como en «Fumando con mis muertos», «Cuando se avecina el frío», «8 de marzo» o «Elegía 2014»). Es claro, *nos habebit humus*: nos recibirá la tierra. Porque desde el principio, la existencia –la literatura– es eso: un resto de experiencia, humus de la memoria. Así ese humo de lo que fue se respira en cada página de este libro de Álvaro Salvador, que cualquier amante de la vida habría de leer, de fumarse, para recordar con «jubileo» que, como decía Borges, sólo se pierde lo que no se ha tenido. Y estas ganancias que nos regala Salvador son muchas y muy buenas: humos de muchos fuegos.

C O L
A B O
R A D
O R E
S

MARÍA ALCANTARILLA (Sevilla, 1983) obtuvo con *El agua de tu sombra* el I Premio de Poesía Multimedia Poemad. Ha expuesto en varias galerías sus poemas fotográficos. En 2014 publicó *Ella: invierno*. • **DIEGO ÁLVAREZ MIGUEL** (Oviedo, 1990) es cofundador del Patarrealismo Salvaje. Ha obtenido diferentes premios de narrativa y poesía, el último de los cuales es el Hiperión por *Hidratante Olivia* (2015). • **FRANK BÁEZ** (Santo Domingo, 1978) es autor del poemario *Postales*. Recientemente la editora Jai Alai Books publicó una antología en inglés de su poesía titulada *Last night I dreamt I was a DJ*. • **ANTÓN CASTRO**, Premio Nacional de Periodismo Cultural 2013, dirige el suplemento *Artes y Letras* de *Heraldo de Aragón*. En *Versión original* (2013) reunió una antología de sus versos. El poema aquí publicado se incluye en un poemario de inminente aparición. • **ALEX CHICO** (Plasencia, 1980) es autor de *La tristeza del eco* (2008), *Dimensión de la frontera* (2011), *Un lugar para nadie* (2013) y *Habitación en W* (2014). • **JOSÉ MARÍA CUMBREÑO** (Cáceres, 1972) ha publicado, entre otros, los poemarios *Árbol sin sombra* (2003, Premio Ciudad de Badajoz), *Diccionario de dudas* (2009), *Breve biografía apócrifa de Walt Disney* (2009, Premio Alegría/José Hierro) y *Made in China* (2013). Acaba de publicar *Contar*. • **JORDI DOCE** (Gijón, 1967) es editor, traductor literario, ensayista y poeta con una amplia y reconocida obra, antologada en *Nada se pierde. Poemas escogidos* (2015). En *Don de lenguas*, del mismo año, ofrecía entrevistas con poetas como Seamus Heaney o Adam Zagajewski. • **MIGUEL FLORIÁN**, aunque toledano de 1953, vivió y estudió en Madrid y adese hace años reside en Sevilla. Ha publicado, entre otros, los libros *Anteo* (1994), *Los días y los pájaros* (1996) *Gilgamesh* (2006) y *Eleusis* (2012). • **AITOR FRANCOS** (Bilbao, 1986) ha publicado *Igloo* (premio Surcos, 2011) y *Un lugar en el que nunca he escrito* (2013). De 2015 es *Las dimensiones del teatro*. • **JUAN FRAU** es autor de *Travesías*, Premio Certamen Literario Universidad de Sevilla, donde es profesor de Teoría de la Literatura. Ha traducido a Sheridan Le Fanu y a Samuel Daniel. • **ANA GALLEGO CUIÑAS** (Marbella, 1987) es profesora de la Universidad de Granada y vicedecana de Actividades Culturales Investigación de su facultad de Filosofía y Letras. Es coautora, con Ángel Esteban de la antología de poesía hispanoamericana *Juegos de manos*. • **CONCHA GARCÍA** (La Rambla, Córdoba, 1956) reside en Barcelona, ciudad donde estudió, tras haber sido profesora en diferentes universidades extranjeras. Entre sus libros se encuentran *Ayer y calles* (Premio Gil de Biedma, 1995) o *Acontecimiento* (2008). • **VICENTE GARCÍA** (Gijón, 1971) ha publicado el cuaderno *Ficciones* (1993) y los libros de poemas *De ayer a hoy* (1996) y *Días de tormenta* (1999), reunidos en el volumen *Ahora* (2009). • **IOANA GRUIA** (Bucarest, 1978) ha obtenido recientemente los premios Emilio Alarcos de poesía y Tiflos de novela con *Carrusel* y *El expediente Albertina*, respectivamente. • **FRANCISCO J. GUERRERO** (Córdoba, 1976) es autor de varios títulos de relatos y de los libros de poemas *Cuaderno de ruta* (2013) y *Anatomía del tornado* (2015). • **ALMUDENA GUZMÁN** (Madrid, 1964) es la muy galardonada autora de *Usted* (1986), *El príncipe rojo* (2006) y *Zonas comunes* (2011). • **CANDELA DE LAS HERAS** es alicantina de 1994 pero residente en Asturias. Con *La senda recorrida* (2015) ganó el premio de Poesía de la Universidad de Oviedo. • **JOSÉ INFANTE** (Málaga, 1946) es autor de numerosos libros de poemas, el más reciente de los cuales es *La libertad del desengaño* (2013). • **JOSÉ INIESTA** (Valencia, 1962) es autor de poemarios como *Del tiempo y sus castigos* (1985) o *Y tu vida de golpe* (2013). Acaba de publicar, en 2016, *Las razones del viento*. • **ANTONIO LAFARQUE** es editor literario de *Litoral*. Ha editado *Al fin y al Cabo. Fotografía y poesía en el Parque Natural Cabo de Gata-Níjar* (2009), *Ángeles errantes. Las nubes en el cielo poético español* (2013) y, junto a José Andújar Almansa, *El guardián del fin de los desiertos. Perspectivas sobre Valente* (2011). • **JUAN LAMILLAR** (Sevilla, 1957) ha publicado una selección de sus libros de poesía aparecidos entre 1982 y 2009 en *Entretiempos* (2015). El mismo año ha visto la luz *Las formas del regreso*. • **XAIME MARTÍNEZ** (Oviedo, 1993), músico y letrista, es uno de los fundadores del Patarrealismo Salvaje. Ha ganado el premio de Poesía Joven Antonio Carvajal con *Fuego cruzado* (2014). • **JOSÉ TONO MARTÍNEZ** es escritor y gestor cultural. Dirigió la revista *La Luna de Madrid*. En poesía ha publicado, entre otros títulos, *El que hiere de lejos* (2015). • **RUBÉN MARTÍN DÍAZ** (Albacete, 1980) es premio Adonáis y premio Ojo Crítico de RNE por su libro *El minuto interior* (2009). Títulos suyos posteriores son *El mirador de piedra* (2012), *Arquitectura o*

sueño (2015) y *Fracturas* (2016). • **JULIO MARTÍNEZ MESANZA** (Madrid, 1955) es autor de *Europa* (ampliado en sucesivas ediciones, la última en 1990). Ha sido director del Instituto Cervantes en varias ciudades y ahora lo es en Estocolmo. *Soy en mayo* (2007) antologa su obra poética. • **EDUARDO MOGA** (Barcelona, 1962) ganó el Premio Adonáis en 1995 con *La luz oída*. En 2014 publicó *El corazón, la nada. Antología poética (1994-2014)*. Después, ese mismo año, *Dices*. Su más reciente traducción es *Hojas de hierba*, de Whitman. • **JESÚS MONTIEL** (Granada, 1984) ha publicado *Placer adánico* (2012) e *Insectario* (2013). Acaba de ganar el premio Hiperión con *Memoria del pájaro*, del cual el poema «Petunias» es un adelanto. • **JOSÉ ANTONIO MORENO JURADO** ganó el premio Adonáis en 1973 con *Ditirambos para mi propia burla* y el Juan Ramón Jiménez con *Bajar a la memoria* (1985). Ha traducido a numerosos autores griegos. • **ELÍAS MORO** es autor de libros como *Casi humanos* (2001), *Me acuerdo* (2009), *El juego de la taba* (2010) o *Manga por hombro* (2013). Recientemente ha publicado aforismos en *Morerías*. • **MANUEL MOYA** (1960) reside en su natal Fuenteheridos (Huelva). Sus libros de poesía más recientes son *Salida de emergencia* (2014) y *El corazón de la serpiente* (2016). Ha vertido la poesía y los cuentos de Pessoa, entre otros títulos. • **GREGORIO MUELAS BERMÚDEZ** (Sagunto, Valencia, 1977), poeta y crítico literario, es autor de *Un fragmento de eternidad* (2014) y coautor con Heberto de Sysmo de *La soledad encendida* (2015). • **RODRIGO OLAY** (Noreña, 1989) es autor de *Cerrar los ojos para verte* (premios Asturias Joven y de la Crítica de Asturias, 2011) y *La vispera* (2014). • **NARCISO RAFFO NAVARRO** es estudiante del último curso del grado de Antropología Social y Cultural en la Universidad de Sevilla. Es autor de *Implosión de la memoria* (2015). • **CARLOS PEINADO ELLIOT**, profesor de la Universidad de Sevilla, es autor, junto a varios ensayos, del libro de poemas *La herrumbre herida* (2011). • **ALICIA RAMOS GONZÁLEZ** ha realizado el Curso de Extensión Universitaria de la Universidad de Sevilla y ha colaborado en revistas. • **MERCEDES ROFFÉ** (Buenos Aires, 1954) reside desde 1995 en Nueva York, donde es profesora y editora. En 2012 ha publicado *La ópera fantasma*, y en 2014 *Carcaj: Vislumbres*. • **CONCHA ROMERO** realizó el Máster de Literatura Creativa de la Universidad de Sevilla en 2013 y coordina recitales poéticos en una librería de la capital hispalense. • **JUAN MANUEL ROMERO** (Sevilla, 1974) ha publicado siete libros de poemas, algunos de los cuales han sido merecedores de premios como el Surcos, el Poesía Joven Radio 3, o el Emilio Prados. De 2014 es *Desaparecer*. • **MARÍA RUIZ OCAÑA** (Sevilla, 1963) ha publicado en revistas y fue incluida en la antología *Tres poetas sevillanos* (2012). • **ALBERTO SANTAMARÍA** (Torrelavega, 1976) es autor de, entre otros, los libros de poesía *El orden del mundo* (2003), *El hombre que salió de la tarta* (2004), *Pequeños círculos* (2009) y *Yo, chatarra, etcétera* (2015). Entre sus ensayos está *El poema envenenado. Tentativas sobre estética y poética* (2008). • **ALEJANDRO SIMÓN PARTAL** (Estepona, 1983) ha publicado *El guiño de la chatarra* (2010), *Nódulo Noir* (2012) y *Los himnos abdominales* (2015) • **HEBERTO DE SYSMO** es el seudónimo de José Antonio Olmedo López-Amor (Valencia, 1977). Escritor y poeta, crítico literario y cinematográfico, ensayista, cronista, articulista y divulgador científico. • **RAFAEL ADOLFO TÉLLEZ** (1957) reunió su poesía completa en *Los pasos lejanos* (2007) y después ha publicado *Los cantos de Joseph Uber*. Está a punto de aparecer una antología de su obra en Renacimiento. • **JAVIER VELA** (Madrid, 1981) ganó con *La hora del crepúsculo* (2004) el premio Adonáis y con *Hotel Origen* el premio Emilio Prados. El poema aquí recogido pertenece a un libro de próxima aparición en la colección Vandalia. • **JAVIER VICEDO ALOS** (Castellón, 1985) es autor de *La última distancia* y de *Ventanas a ninguna parte* (Premio de Poesía Joven RNE). En 2015 ha aparecido *Fidelidad de una sombra*. • **LUIS VICENTE DE AGUINAGA** (1971) es un poeta y ensayista mexicano natural de Guadalajara, donde enseña y reside. Ha obtenido los premios de poesía Efraín Huerta y de Aguascalientes. • **LUIS ANTONIO DE VILLENA** es autor de obra extensa en diferentes géneros. Como poeta ha recibido varios premios importantes, como el Generación del 27. En *Cuerpos, teorías, deseos* (2014) ha seleccionado una muestra de su poesía desde 1971. • **ROGER WOLFE**, aunque inglés de 1962, es un narrador y poeta español, autor de *Días perdidos en los transportes públicos* (1992) o *Gran esperanza un tiempo* (2013). En 2008 recogió su poesía reunida en *Noches de blanco papel*.

**Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)**

Director general de Cultura y Patrimonio
Luis Méndez Rodríguez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección
Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor
**Enrique Baltanás, Juan Bonilla, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque**

Coordinación técnica
Juan Diego Martín Cabeza

Diseño
F. Javier Martínez Navarro

Imprime
Imprenta Sand

ISSN 2341-2224
DL SE 618-2014

Contacto y suscripciones
estacionpoesia@us.es
C/Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

© 2016 *Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla*
© *De los textos, sus autores*